

PRÓLOGO

Medios hegemónicos en América Latina: cinco estrategias de disciplinamiento

Por Florencia Saintout

La llegada al gobierno de las derechas y las elites latinoamericanas marca un alarmante retroceso en materia de derechos humanos y del derecho a la comunicación en toda nuestra región. Las derechas regionales, en colaboración con los poderes económicos globales, han articulado tres estructuras que actúan como bloque hegemónico: el sistema financiero, el poder judicial y los medios de comunicación. Fruto de esta alianza se han gestado los llamados “golpes blandos”, esto es, procesos destituyentes que se inscriben en el sistema institucional democrático.

En esa alianza, las corporaciones mediáticas en toda la región operan mediante la estigmatización de dirigentes populares, la deslegitimación de la política y el vaciamiento de la palabra pública, a la vez que con el desarrollo de unas pedagogías del miedo al otro y de la vergüenza a lo propio. Con ello, hoy están en juego

³ Doctora en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Docente e investigadora de la FPyCS (UNLP). Diputada provincial por Unidad Ciudadana.

nuestras democracias, derechos y prácticas ciudadanas.

En la pasada década, los países del Cono Sur impulsaron la discusión en torno a la comunicación como derecho humano de los pueblos. Con diversas herramientas y resultados, los gobiernos populares enfrentaron a la alianza entre los poderes mediático, financiero y judicial, para instalar en la agenda pública la necesidad de democratizar el espectro de voces y la propiedad de los medios de comunicación a través de legislación y políticas públicas que impulsaran la pluralidad y equidad de posiciones.

Así fue que se generaron normativas que tuvieron como finalidad la democratización de la comunicación en nuestra región, desplazando aquellas leyes impuestas por las dictaduras y los gobiernos neoliberales que habían otorgado a la palabra una lógica comercial, tendiente a la concentración de la propiedad de los medios-empresas. Entendiendo, además, que las desventajas en relación a los accesos a frecuencias y tecnologías implican desigualdades materiales y simbólicas, con su consecuente impacto en la estructuración de los sentidos hegemónicos que ordenan las memorias y los destinos de nuestros pueblos.

Estos procesos políticos que promovieron la democratización de la comunicación han constituido una clara amenaza para aquellos que pretenden monopolizar la palabra, coadyuvando a la instauración de regímenes conservadores, los cuales se afirman mediante el avasallamiento de derechos sociales y la censura y tergiversación de voces, reclamos y expresiones del campo popular.

En clara consonancia con estos gobiernos, los medios corporativos han invocado a la “libertad de expresión” para clausurar todo tipo de cuestionamientos en torno a qué informaciones se divulgan y cómo hacerlo. El resultado no es solamente la reducción de la comunicación a una lógica mercantil, sino la reproducción de prácticas que flagelan los derechos de la ciudadanía. De esta forma, los medios hegemónicos desinforman, ocultan, tergiversan e incluso mienten, vulnerando el derecho de recibir información veraz, imparcial y contextualizada.

Dentro de las prácticas mediáticas que vulneran el derecho a la comunicación, debemos distinguir aquellas que, por un lado,

pueden adjudicarse a la falta de responsabilidad o compromiso, para las cuales hace falta un debate sobre ética periodística y rigurosidad profesional; y, por otro lado, las operaciones que deliberadamente buscan manipular a los públicos, es decir, campañas a través de las cuales los medios hegemónicos utilizan su posición dominante para instalar opiniones o informaciones falsas.

La alianza político-comercial que han consolidado las corporaciones mediáticas y los gobiernos de derecha en nuestra región se ve claramente plasmada en el caso argentino: la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual de 2009 -cuyo proceso de elaboración multisectorial y federal, así como su comprensión de la comunicación como derecho humano, han sido elogiados en todo el mundo- fue derogada a pocos días de la asunción del gobierno de Mauricio Macri mediante un decreto de necesidad y urgencia, enunciando que la comunicación no debe ser regulada sino por las lógicas del mercado.

En esta clave, me interesa recuperar en este prólogo cinco grandes estrategias de disciplinamiento llevadas adelante por los medios hegemónicos, que se condicen a su vez con diferentes etapas históricas que ha atravesado nuestra región, pero que también operan de forma yuxtapuesta hasta nuestro presente, acompañadas, todas ellas, por la idea insoslayable de que siempre ante el poder opresivo de las elites se oponen poderes de resistencia de nuestros pueblos.

En primer lugar, encontramos los *medios para la colonización*, que se desarrollan como parte de las estrategias de apropiación y explotación de las elites desde la invasión europea en los siglos xv y xvi. Cuando la conquista y el saqueo ya no pudieron sostenerse vía ocupación directa y artillería, las elites consolidaron la defensa de sus privilegios económicos a través del instrumental de la cultura. Para ello, contaron con unas sofisticadas maquinarias de producción de subjetividad y de orden social: los medios de comunicación.

En síntesis, un extractivismo de los bienes materiales tan feroz solamente pudo efectuarse con diversas modalidades de represión física, económica y cultural: para eso debe destruir lenguas,

culturas y tradiciones, hacer una caricatura de todo aquello que se vea, huelga o presienta sudaca, indio, negro o mestizo. Como los nadie de Eduardo Galeano, los ningunos, ninguneados, que no son dueños de nada: “Que no hablan idiomas, sino dialectos / que no hacen arte, sino artesanía / que no practican cultura, sino folklore”. La colonización simbólica va anudada a una pedagogía de la crueldad (Segato, 2014) que educa en una mirada rapiñadora del otro, que anula la posibilidad de empatía e incita a la violencia.

Una segunda estrategia es la de los *medios para el horror*, emplazada históricamente en las diversas dictaduras que se desplegaron en casi todo el continente, con el objetivo de restablecer el modelo elitista que los estados proteccionistas y de bienestar habían puesto en jaque. En este nuevo orden cultural, escudado a fuego por la represión ilegal, el poder mediático hegemónico no solo jugó un papel decisivo para la instauración de las dictaduras, sino que también actuó como cuartel de inteligencia, sondeando y manipulando el *humor social*.

Este periodismo actuó con el carácter de un plan sistemático para legitimar el exterminio de un grupo social, consolidando el ocultamiento y la mentira como práctica cotidiana. El horror de los crímenes de la dictadura no hubiera sido posible, ni pensable, sin la configuración simbólica previa de que dar muerte a miles de compatriotas era imperioso y urgente. Se construyó así un enemigo, al cual se le sustrajo su humanidad, operación que permitió cimentar el genocidio sobre esa plataforma de *Lógica*, de sentido común sedimentado, sobre la cual podían erigirse torturas, vejaciones y homicidios sin afectar la moral pública.

Una tercera estrategia de disciplinamiento es la que hemos llamado los *medios para la aceptación*, ligada a la llegada del neoliberalismo a toda la región, punto cumbre de la alianza de los medios y la elite. Luego de la caída del Muro de Berlín, de la postulación del “fin de la historia”, del “fin de los grandes relatos”, lo que quedaba era aceptar el triunfo del mercado y que cualquier idea fuerte, cualquier militancia en pos de un orden más justo, quedaba relegada a las mentes nostálgicas.

El vaciamiento del lenguaje fue la marca epocal que caracterizó

a los medios hegemónicos en la larga década neoliberal: espectáculo, farándula y escándalo. La estrategia de despolitización se complementó con la caricaturización de los políticos, la banalización de las luchas populares, la reducción de la movilización social al “caos en el tránsito”, la espectacularización del dolor del otro hasta adormecer la sensibilidad del espectador. Todo esto, atravesado por la producción de sujetos desde un paradigma gerencial y competitivo, donde a cada uno le corresponde administrar su propio éxito, hacer mérito, ser austero y pagar las deudas, con el objetivo -siempre inalcanzable- de autorrealizarse y ser feliz.

Una cuarta estrategia está protagonizada por los llamados *medios para la desestabilización*, aquellos que afianzaron, junto a las derechas regionales, las campañas de desprestigio contra aquellos gobiernos populares que fueron instalándose en toda América Latina, reponiendo la historia y el lenguaje que el neoliberalismo le había quitado a la verdad. A partir de esa reposición, se producen dos efectos ligados entre sí. El primero es que emerge una nueva verdad de lo silenciado, desechado. El segundo es que la verdad se hace plural: ya son múltiples verdades, no hay una sola; pero no como fragmentaciones posmodernas desarticuladas, sino que la pluralidad de la verdad se constituye en las luchas de poder que ahora aparecen evidenciadas. Hay desigualdad y hay posiciones. Así la verdad está en relación con lo real; es una totalidad abierta y abigarrada.

En América Latina, fuimos partícipes de una oleada -retomando la metáfora de Álvaro García Linera- de gobiernos populares que apostaron por la lucha hegemónica, por la construcción del pueblo (Laclau, 2009), esto es, de una voluntad colectiva a partir de la articulación de demandas heterogéneas. Estos dirigentes impulsaron la revalorización de la política como herramienta para tramitar las brechas insalvables de lo social.

Esta ruptura con la aparente neutralidad alcanzó a los medios de comunicación y tuvo como protagonistas a presidentes y presidentas que los señalaron como los principales adversarios de las luchas emancipatorias. Señalándolos, con nombre y apellido, los medios hegemónicos fueron expelidos del lugar invisible de vo-

ceros de la opinión pública y emplazados como agentes políticos que no solo disputan la capacidad de nombrar, sino también la de gobernar. Situar desde dónde y por quiénes hablan los medios hegemónicos extendería el reconocimiento de que se trata de empresas monopólicas con intereses económicos e intencionalidades políticas.

Pero los grupos empresariales no cedieron sin más a su posición aventajada tanto en el mercado de bienes como en la modulación de sentidos sobre la realidad. El hecho de que los medios de comunicación hegemónicos estuvieron al frente de la desestabilización y los “golpes blandos” contra los gobiernos democráticos fue admitido, desde las propias filas del multimedio más concentrado de la Argentina, por el editor jefe y redactor de Clarín, Julio Blanck: “¿Hicimos periodismo de guerra? Sí. Eso es mal periodismo. Fuimos buenos haciendo guerra, estamos vivos, llegamos vivos al final, al último día” (en Rosso, 2016).

Finalmente, llegamos a la última de estas estrategias -que además funciona como una especie de foto del actual estado de la relación entre las grandes corporaciones mediáticas y los gobiernos de derecha en toda nuestra región-, a la que llamamos *medios para la hiperconcentración*. En Argentina, la victoria electoral de la derecha a fines de 2015 puso en evidencia que, aun tomando el poder por vía democrática, se puede implementar un retroceso *de facto*, un golpe institucional a los derechos conquistados.

A poco de asumir, Macri tomó una serie de medidas arbitradas para favorecer la hiperconcentración mediática. Entre ellas, derogó por decreto las cláusulas antimonopólicas de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, destituyó sus autoridades de aplicación e intervino los organismos a la fuerza; despidió decenas de periodistas opositores de los medios públicos; y reprivatizó la televisación del fútbol. La respuesta por parte de los medios concentrados se sintetiza en una lealtad que, a modo de blindaje, preserva la imagen de la *ceocracia* y de sus funcionarios.

La verdad poco importa para un gobierno cínico. Y no es que se desconoce, sino que simplemente no importa. El cinismo es eso: saber de la verdad y mentir sabiendo que se miente. No es

que hay interpretación, exceso de lenguaje, lucha o cualquier otra cosa. Lo que hay es negación de la verdad con conciencia de ello. Y lo hacen con el aparato mediático más poderoso de la historia por su carácter oligopólico y transnacional. Lo que produce un infernal acto de violencia.

Sin embargo, y a pesar de las mentiras, hay que saber también que tarde o temprano lo real emerge en su espesura, convocado por el lenguaje y la historia, renaciendo de lo que ha sido y re-creado en formas nuevas.

Por eso la importancia de este libro, de esta apuesta colectiva que retoma con fuerza la premisa de Rodolfo Walsh, uno de los mejores de los nuestros, que “la verdad se milita”. Necesita de nuestro compromiso, entrega, voluntad, paciencia y premura. Para llegar a la verdad es preciso luchar contra la corriente, contra el pensamiento hegemónico, contra lo establecido, contra la censura, la deslegitimación y la banalización. Pero, particularmente, para que la verdad tenga sentido -en toda su polisemia: que tenga significado, que tenga una dirección, que tenga sensibilidad- necesita del otro (o de los otros).

En este libro somos muchos otros y muchas otras, desde nuestros sures del mundo, construyendo y tramando juntos un futuro y una historia en los que todas y todos tengamos lugar.

BIBLIOGRAFÍA

ROSSO, Fernando, “El día que Julio Blanck confesó a La Izquierda Diario el ‘periodismo de guerra’ de Clarín”. En La Izquierda Diario, 17 de julio de 2016.

Recuperado de <https://www.laizquierdadiario.com/Julio-Blanck-En-Clarín-hicimos-un-periodismo-de-guerra>.